EDITORIAL

N O se trata de un fenómeno lejano del que podamos sentirnos relativamente al margen. El consumo de drogas, de drogas peligrosas y en muchos casos peligrosamente adulteradas es una realidad, un hecho constatable, entre un sector de la juventud de Manzanares. Un sector del cual desconocemos casi todo, por ejemplo, su extensión. Tenemos noticias de él porque es palpable y manifiesto, porque a veces las pruebas son tan evidentes como la misma muerte.

Alrededor de la drogadicción se han acumulado casi todos los tópicos que una sociedad ensoberbecida con tener y poseer es capaz de esgrimir para tranquilizar la conciencia. Pero lo cierto es que todos somos en mayor o menor medida culpables. Hay culpa en la ignorancia, en la insensibilidad, en el distanciamiento, en el alegato vacío y cínico de amplios sectores de la población.

Los drogadictos como fenómeno social que nos reclama son, como cualquier grupo de marginados, solamente la punta del iceberg. El bloque que los soporta y permite su existencia no es otro que el bloque de la población que los engloba.

Cuando el delito o la muerte gratuita y estúpida se nos acercan, cuando la tragedia nos roza o involucra, lo fácil es buscar culpas ajenas, lo responsable es buscar de forma crítica y constructiva el grado de responsabilidad que nos corresponde.

Desde el más profundo de los excepticismos ante un problema tan generalizado y grave y las escasas medidas públicas que se esgrimen en su resolución, sólo cabe la llamada individual hacia un radical cambio de actitud exclusivamente particular y personal. Desde la acción directa en tu familia o en tu barrio, desde la participación colectiva en instituciones preventivas o recuperadoras, o desde acciones tan aparentemente desconectadas o indirectas como el voto meditado y responsable, todos y cada uno debemos aproximarnos hacia una realidad, agresiva y destructiva, que ha echado raices entre nosotros. Dejemos de buscar culpables en el exterior.

